

El secreto de Gloria

Autora

Loreto Martín Laría

Primer Premio

Categoría B • 19-30 AÑOS

2020

Autora

Loreto Martín Laria

Cantabria, 1994

Graduada en Estudios Ingleses y trabaja como profesora de escritura creativa, traductora, lectora editorial, y también es redactora en varias webs especializadas en literatura. Además, en 2018 fundó La semilla creativa, que recientemente se ha convertido en asociación, y que aún a escritoras e ilustradoras establecidas en Cantabria. Es autora de dos novelas publicadas, Cōuragé (United PC, 2013) y Ellas (Insomnia Ediciones, 2018), una colección de relatos (Shall we swim?) y ha participado en varios zines con sus relatos. Por último, en 2020 fue seleccionada para salir en la versión física de Generación Pandemia (antología del Espacio Joven).

EL SECRETO DE GLORIA

Loreto Martín Laria

Era un lunes de febrero cuando su marido la dejó sin habla por primera vez en sus cincuenta años de matrimonio:

—Mañana voy a ir contigo a la piscina.

Gloria dejó de pelar las zanahorias unos segundos, pero en seguida se repuso y siguió con su tarea. Decidió fingir que no le había oído, porque menuda tontería. Debía de haberle entendido mal.

—¿Me has oído, cariño? Mañana voy a ir contigo.

Iba a seguir con su estrategia de fingir que no le estaba oyendo. Llevaba toda su vida escuchándole decir que iba a hacer un montón de cosas, pero nunca las acababa llevando a cabo. Y desde que se jubiló, su rutina era siempre la misma. Se levantaba, desayunaba su taza de leche con galletas, lo dejaba todo en el fregadero y se sentaba en su sillón orejero. Si sus amigos le llamaban, cambiaba su cómodo asiento por la silla del bar durante unas horas. Tampoco muchas, que luego le acababa doliendo la espalda.

Aunque esta vez era diferente, porque no se lo decía a gritos desde el salón. Estaba a su lado, mirándola y esperando a que dijera algo.

—¿Qué vas a venir a dónde, al mercado?

—No, tonta, a la piscina. El médico me ha recomendado nadar y he pensado que mejor ir contigo antes que solo.

A Gloria le disgustaba la idea de ir junto a su marido a la piscina y, mientras echaba las zanahorias junto a la cebolla en la cazuela, intentó pensar en alguna excusa. Se le pasó por la cabeza no ir, pero en seguida lo descartó.

—Como siempre vienes tan contenta, he pensado que podría probar a ver si nadar es tan divertido como parece. Ya sabes que a mí los deportes...

A Gloria tampoco le gustaban en especial los deportes y precisamente no era la piscina lo que le hacía ponerse tan contenta.

—¿Pero ya tienes bañador? Y te hará falta un gorro, gafas de bucear, una toalla, chanclas...

—Lo compraré esta tarde cuando salga con Juanito.

Bajó el gas de la cocina y removió la cazuela antes de chascar unas cuantas patatas. Esperaba que no se le quemara la cebolla. Últimamente no conseguía cogerlas el punto y empezaba a sospechar que la del puesto de verduras había cambiado de proveedor.

—Entonces vendrás —suspiró, se limpió las manos en el delantal y fue a coger una jarra para echar agua en la cazuela.

—Sí, ya verás qué bien nos lo pasamos —dijo ignorando el tono lastimero de su mujer—. Igual hasta acabamos yendo juntos todo el verano.

A Gloria casi se le cayó la jarra cuando le oyó decir eso. Y en cuanto su marido abandonó la cocina para volver a su sillón, empezó a idear algún plan para evitarlo.

Qué había hecho ella para merecer aquello, se preguntó mientras echaba un poco de sal.

En cuanto el agua empezó a hervir, cogió el móvil que le había regalado su nieto mayor y mandó un mensaje a Julia, pidiéndole que la acompañara a hacer unos recados. Miró el reloj y, calculando el tiempo en el que tardaría en hacerse el caldo de zanahorias, la citó a las once y media en el mercado.

Se fue a arreglar el pelo y a vestirse con algo que no fuera una bata de andar por casa, tardando tanto que cuando estaba lista, el caldo

llevaba ya tiempo hecho. Lo retiró del fuego, le dijo a su marido que se iba a hacer unas compras y, en cuanto cogió el bolso, se fue rumbo al mercado.

—No vas a creerte lo que me ha dicho Gerardo esta mañana —le dijo a su amiga en cuanto la vio—. Mañana viene a la piscina.

Julia, que llevaba ya diez años jubilada junto a su marido, la miró sorprendida. Se subió las gafas de lejos y se frotó su nariz ganchuda, como siempre hacía cuando algo llamaba su atención. Al leer el mensaje supo que había ocurrido algo, pero no eso.

—¿Tu Gerardo? ¿En la piscina?

—Eso digo yo. ¡Que qué hace él yendo a la piscina!

Agarró a Julia del brazo y pasaron las dos juntas por el mercado, fingiendo que habían ido solo a comprar y no también a chismorrear. Cuando se cruzaban con la gente, les sonreían. Ambas eran bajitas y algo redondas, además de ir tan preparadas que parecía que iban a una fiesta, resultando entrañables.

—¿Pero no estás contenta? Pensé que estabas harta de que estuviera todo el día en ese dichoso sillón.

—¡Cómo voy a estar contenta! Gerardo se piensa que lo que me tiene tan contenta es la natación.

Julia aguantó la risa y le dio unos golpecitos consoladores en la mano que agarraba su brazo. Siempre le decía que antes se atrapaba a un mentiroso que a un cojo.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Inflarle a guisos hoy para que mañana no se levante del baño?

A Gloria se le había pasado por la cabeza, pero lo descartó porque llevaba demasiado trabajo. También había pensado en darle algo caducado, por si la suerte le sonreía y a su marido le daba algo más que un retortijón... Pero le daba miedo matarle y que la detuvieran. Menudo jaleo se armaría en el barrio.

—Tendré que aguantarle y fingir que solo voy a nadar.

Su amiga no pudo más y se rió tanto que tuvo que arrastrarla hasta el baño.

A la mañana siguiente, después de desayunar y de que Gloria hiciera la cama, Gerardo la esperó junto a la puerta del recibidor con

una bolsa de deporte. Miraba el reloj cada vez que ella pasaba por delante y se arrepintió de no haberle dado ese yogur caducado que había encontrado en la nevera. Ella se los daba siempre abiertos, así que ni se habría fijado.

—¿Cuánto te queda, Gloria? ¿Te ayudo en algo?

—¡Dos minutos! —le dijo desde su cuarto mientras se subía los pantalones de gimnasia.

Al menos las deportivas son de velcro, pensó el marido mientras veía que estaba a punto de dar las diez de la mañana. Tenía tantas ganas de estrenar el bañador que se había comprado con Juanito que parecía un niño la noche de reyes.

Cuando Gloria vio que él también iba con un pantalón normal se lamentó. Seguro que se había comprado uno de esos bañadores de competición tan feos, pensó mientras le dedicaba una sonrisa. Esperaba que no notara su espanto ante esa idea.

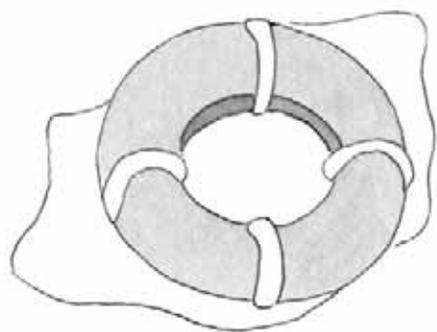
Juntos, salieron de casa, bajaron en ascensor y cruzaron a la acera de enfrente, donde estaba el gimnasio. Pasaron la tarjeta, les desearon una buena mañana y fueron al pasillo donde estaban los vestuarios.

—El de caballeros está al fondo, te espero en la piscina.

Y sin más indicaciones, se fue por la primera puerta abatible del pasillo que daba a otro un poco más estrecho. Le encantaba el olor a piscina, que la humedad le golpeará nada más entrar a los vestuarios, el agua corriendo de las duchas, el bullicio de las mujeres hablando y contándose qué tal iba la mañana, el olor a crema hidratante... Pero aquel día no había nada de ruido. Era el vestuario más silencioso del mundo. Habían ido más pronto de lo habitual y todavía no había llegado ni una de sus amigas.

—Como esto sea lo que me espera para el resto de mi vida, ya me puedo quedar aquí mismo.

Sacó el euro que siempre llevaba en uno de los bolsillos de su bolsa deportiva y lo fue a meter en su taquilla habitual, pero estaba ocupada. Lo que le faltaba, no tenía ni eso. Debía de haber hecho enfadar mucho al Señor, porque si no ella no se explicaba esta mala suerte.



Se quitó la ropa con desgana, la guardó en la taquilla, se puso el gorro de licra, cogió las gafas y salió del vestuario, suspirando al pasar junto a ella. Ojalá su marido se cansara pronto de tanta agua.

Cuando salió, se lo encontró junto a las otras duchas que había junto a la piscina. Sonrió aliviada al ver que llevaba un bañador que le tapa algo del muslo. Estaba completamente perdido y no sabía qué hacer. Le dio hasta pena. En el gimnasio municipal tenían dos vasos, el infantil y el de adultos. Ella jamás iba al segundo porque el agua estaba más fría y encima eran veinticinco metros cada largo, y como que iba a nadar ella semejante distancia. Pero claro, se negaba a decírselo a su marido.

—Bueno, cariño, ¿a cuál quieres ir? ¿Pequeña o grande?

Su marido miró ambas con recelo, sobre todo la más grande. Llevaba más de treinta años sin nadar y sabía que iba a hacer un ridículo espantoso. Además, había tres calles ocupadas por hombres jóvenes y seguro que se reirían de él al verle. Esperó a que su mujer decidiera.

—Mejor vamos a la pequeña para el primer día, ¿no crees? No vaya a ser que te ahogues. Por una vez que no me meta en la grande no me pasa nada.

Ambos suspiraron aliviados. Una porque no quería admitir que llevaba sin pisar ese vaso desde que tenía cincuenta años y el otro porque se había librado de hacer el ridículo.

Al principio, solo estaban ellos dos en la piscina infantil y aquello le dio confianza a Gerardo, que nadaba de un lado a otro con la cabeza fuera del agua. Pero en seguida empezó a venir gente y la primera fue Julia, que intentaba parecer sorprendida mientras se colocaba bien su gorro lleno de flores.

—¡Menuda sorpresa, don Gerardo! No me esperaba que viniera a pasar la mañana con nosotras —le saludó mientras bajaba las escalerillas con agilidad.

—Buenos días, ¿qué tal está? Hacía mucho que no la veía.

En seguida las dos amigas se juntaron y fueron de un lado a otro, susurrando para que no las oyera:

—¿Cómo va? ¿Ya se ha cansado?

—Lleva nadando desde hace quince minutos, con esa tripa no pensé que aguantaría ni cinco.

—¿Cuánto crees que aguantará?

—Yo le doy unos diez más.

Sonrieron cuando pasaron junto a él y en seguida volvieron a juntar sus cabezas.

—¿Y qué harás tú cuando se canse?

—Le diré que me quedo un ratito más, que ha sido poco para mí y luego haré lo de siempre.

Julia se detuvo un momento para descansar y reanudaron el nado.

—¿Y tú ya te has cansado? No te he visto nadar tanto desde ni recuerdo.

—Creo que mañana no voy a poder ni moverme, con eso te lo digo todo. ¿De dónde saca la energía? Si está todo el día en el sillón sentado.

Ambas le miraron, sorprendidas porque siguiera nadando sin parar.

—Debe de ser eso, que se ha pasado estos años recargando la batería.

Se plantearon parar, porque ninguna podía más. Cuando estaban solas, hacían un par de largos y en seguida se quedaban ahí quietas, en remojo. Casi nunca nadaban más de cinco minutos seguidos. En realidad, lo que hacían allí era ponerse al día. Y en verano ni siquiera esos cinco minutos, se metían en la piscina y se quedaban ahí hasta que tenían aún más arrugas.

Cuando pasó el tiempo que había estimado Gloria, su marido anunció que se retiraba al vestuario. Había nadado suficiente y creía que por un día era bastante, además el médico le había dicho que tampoco se excediese.

—¿Vamos a casa juntos, Gloria?

Ella fingió que se lo estaba pensando y pasaba la mirada de él a la piscina, para que pareciese que era una dura decisión.

—Creo que yo me quedaré un rato más —respondió, aunque en cuanto vio que ponía cara de espanto añadió—, pero no hace falta que me esperes. Vete a casa y ve poniendo la mesa.

Gerardo no se hizo de rogar. Se despidió de ambas, subió las escaleras y se fue a los vestuarios sin mirar atrás. Gloria sabía que estaba agotado y esperaba que al día siguiente tuviera tantas agujetas que se le quitaran las ganas de volver. En cuanto desapareció por la puerta las dos calcularon diez minutos para salir de la piscina y se pusieron a hablar de la telenovela que ambas veían. Y en cuanto vieron que ya se habían pasado los minutos, se despidieron de las demás nadadoras, salieron de la piscina y se fueron a lo que llevaban toda la mañana esperando.

Al llegar al vestuario se quitaron el bañador, cogieron el jabón, la toalla y fueron desnudas a las duchas. Y cuando estuvieron completamente limpias, fueron al fin a su lugar favorito. Juntas y envueltas en sus toallas, fueron hasta la puerta de madera que había junto a las duchas y la abrieron. El olor a brasas les dio la bienvenida y entraron felices.

—¿Crees que tu marido se ha dado cuenta de a dónde lleva esta puerta de los vestuarios?

—¿Gerardo? Qué va, seguro que ni se ha atrevido a mirar.

Y Gerardo no notó su existencia hasta dos años después. Entró, estuvo ahí un rato y cuando salió comprendió por qué su mujer volvía a casa tan feliz.